Solar | Año 11, Volumen 11, Número 2, Lima, pp.110. DOI. 10.20939/solar.2015.11.0204

Las reflexiones de Enrique Molina en el pensamiento latinoamericano del periodo de "entreguerras": su visión del continente americano.

The reflections of Enrique Molina in the Latin American thought of the "between wars" period: his vision on the American continent.

Aldo Ahumada Infante[1]
ahumada@ug.uchile.cl
Universidad Central de Chile

Stefan Vrsalovic Muñoz[2]
stefanvrs@gmail.com
Universidad Alberto Hurtado

Resumen

El presente trabajo revisa las reflexiones sobre América de Enrique Molina dentro del contexto del pensamiento filosófico latinoamericano de su tiempo, especialmente el período de entreguerras y la relación de este pensamiento con Europa y su contexto histórico. Se sostiene que la visión del hombre latinoamericano que exponen ciertos pensadores como Leopoldo Zea y el mismo Molina, recae más en un imaginario que en un hecho real. Además, se reflexiona en torno a la visión del panamericanismo y los Estados Unidos que posee el filósofo chileno nombrado.

Palabras Clave: Filosofía latinoamericana; pensamiento latinoamericano; historia de las ideas; filosofía chilena.

Abstract

The present work revises them reflections on America of Enrique Molina within the context of the thinking philosophical Latin American of his time, especially the period of interwar and the relationship of this thought with Europe and its context historical. Is says that the vision of the man Latin American that expose certain thinkers as Leopoldo Zea

1 Magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.

2 Doctorado de Filosofía, Universidad de Chile. Becario CONICYT-PCHA/Doctorado Nacional/2014-21140075.

and the same Molina, lies more in an imaginary that in a made real. In addition, reflection around the vision of Pan-Americanism and the United States, which has named Chilean philosopher.

Key words: Latin American philosophy; Latin American thought; history of the ideas; Chilean philosophy.

Introducción

Se puede decir que el iberoamericano es un milenarista; un hombre que espera la llegada mesiánica de un futuro que no cree merecer por lo que es y por lo que ha sido: un Adán culpable, en recriminación permanente, que espera la llegada de la gracia que ha de situarle entre los elegidos de la historia, de la historia de la que se sabe parte vergonzante, de la historia del mundo Occidental

(Zea, 1957: 27)

Las décadas 30 y 40 del siglo XX en el pensamiento filosófico latinoamericano, han de ser tiempos en que se vuelve a creer con fuerza en la posibilidad de que la voz del hombre que se empeña en hacer filosofía, se escuche, al fin, más allá de la región; aun el hecho de repercutir en el continente ya era un logro, ya que la lectura entre pares no era un hecho tan abundante. Arturo Andrés Roig nos dice que el pensamiento latinoamericano es un pensar de recomienzos más que de comienzos, y el período que estamos nombrando -a nuestro juicio- podemos identificarlo con uno de esos recomienzos. Europa había salido de una guerra de grandes proporciones, pero el conflicto seguía producto de gobiernos totalitarios, especialmente el de Hitler y su visión expansionista, para pronto dar pie a lo que se hará de llamar la Segunda Guerra Mundial. Esta Europa averiada dio las circunstancias para creer que los pensamientos llamados periféricos tuvieran la oportunidad de sacar una voz que antes poco se escuchaba, esa voz que anunciaba, al fin, la presencia de los hombres que habían bebido del humanismo europeo, y que ahora lo veían caerse a pedazos. *Todos los hombres son iguales*; la grandilocuencia que poseía el hablar desde el centro de la producción del conocimiento, daba por sus circunstancias la chance para que otros hombres levantaran tal apotegma -que antes solo estaba revestido de oropel- y así lograr poner al europeo

como un hombre entre otros muchos hombres, ni más ni menos que ellos. Este era el momento, más que de sacar la voz, de ver las potencialidades que poseía el pensar y el hombre latinoamericano para así al fin poder entrar, en acto obsesivo, en el concierto de las voces universales que Europa cargaba en su canon.

Este trabajo tiene la intención de analizar las reflexiones del filósofo chileno Enrique Molina, en torno al hombre y la filosofía en América Latina. Principalmente se revisarán las obras *Llamado de superación de la América Hispana* de 1942 y *De lo espiritual en la vida humana* de 1947. Para tal análisis, antes se situarán las ideas que rondaban y se desarrollaban en la época, y posteriormente se quiere demostrar un diagnóstico que, a pesar de caracterizarse por ser mayormente negativo, da cuenta de la situación que estaba viviendo en ese entonces el pensamiento filosófico latinoamericanos a la hora de pensarse a sí mismo.

E. Molina como pensador

Enrique Molina (1871-1964), tuvo sus estudios en el Instituto Pedagógico; ahí estudia derecho, historia y filosofía. En este lugar es influenciado fuertemente por el positivismo que tanto estaba en boga por aquellos tiempos finiseculares en Chile. Hay que tener en cuenta que el positivismo fue una corriente que se hizo presente prácticamente en todo el continente latinoamericano, y en Chile tuvo grandes exponente como los hermanos Lagarrigue y Valentín Letelier. Éste último, muy preocupado por la educación chilena, fue uno de los principales impulsores de la educación al estilo germánico en el país, además fue parte de los fundadores del Instituto Pedagógico, lugar en donde se preparaba a los profesores de Estado chilenos. Según Iván Jacksic, "El Instituto Pedagógico se convirtió en el lugar más importante de las nuevas tendencias filosóficas aprobadas por Letelier y los positivistas" (2013: 128). Aquello no quiere decir que el pensamiento chileno de la época estaba totalmente homogéneo, existían pensadores que ponían en cuestión el pensamiento positivista, el cual, por cierto, de a poco iba menguando para dar la vuelta nuevamente a la metafísica y la espiritualidad. Enrique Molina, podría decirse, es parte de esta transición. A pesar que no deja del todo el pensamiento positivista, sus intereses se vuelcan hacia una filosofía mucho más metafísica y enfocada en las problemáticas del espíritu. Así, nuestro pensador adquiere una mirada crítica contra el positivismo, a pesar de guardar ciertas nociones.

De esta forma, el pensamiento de Enrique Molina no puede tomarse de manera homogénea, es decir, no debe identificárselo dentro de una sola corriente de pensamiento; su versatilidad desgasta toda línea que intente demarcarlo de forma taxativa. En palabras de Miguel Da Costa Leiva: "Molina, por lo tanto, debe ser estudiado a la luz de su evolución intelectual, lo que significa que biográficamente va pasando por diferentes posturas doctrinales" (1999: 156). A pesar de ello, se puede situar dentro de los pensadores que comienzan a reivindicar la metafísica que tan fuertemente fue criticada y desechada por el positivismo; por ejemplo, Molina señala en referencia a un breve diálogo en 1908 con el Rector de la U. de Chile: "no sospechaba que la metafísica, condenada por el positivismo a relegación perpetua, renacía lozanamente en las preocupaciones del espíritu." (1953: 18)

La distancia al positivismo que se estaba dando en el pensamiento chileno, era parte de un proceso a nivel continental, la entrada de nuevas tendencias filosóficas provenientes principalmente de Europa, daban la bienvenida a los ojos críticos hacia el pensamiento positivista en América Latina. Sobre este proceso transitorio, el filósofo e historiador de las ideas Leopoldo Zea nos dirá lo siguiente:

El positivismo que había dado bases teóricas a nuevas oligarquías o dictaduras, se anquilosaba al igual que éstas. El positivismo, la llamada filosofía del progreso, se mostraría ante los ojos de una nueva generación, la generación con la que se inicia la historia del pensamiento contemporáneo del pensamiento en la América Latina, como una filosofía del retroceso. El positivismo dejaba de ser la filosofía del progreso a partir de la consideración que se habían hecho sus sostenedores, la de que el progreso culminaba y determinaba con ellos, en el apogeo y mantenimiento de sus limitados intereses (1976: 409-410).

Esta sensibilidad por las cosas del espíritu vendrá dada, tal como se ha mencionado, por las lecturas de pensadores que tomaban distancia del positivismo aún vigente en los aires decimonónicos. No obstante a ello, Molina no sólo fue cambiando su pensamiento por el hecho de haber cambiado la reflexión en Europa, no se debe caer en la recepción pasiva de las influencias, sino más bien tenía una preocupación latente sobre la espiritualidad, asunto que no podía resolver el positivismo. Además, tenía gran interés en las cuestiones referentes a la "responsabilidad

moral, voluntad individual y la propia libertad" (Jacksic, 2013: 142). Por otra parte, uno de los intelectuales con los que discutió de igual a igual, y que tuvo, por lo mismo, gran importancia para el propio pensamiento de Enrique Molina fue Henri Bergson, de hecho escribe tres libros en torno al pensador francés: *La filosofía de Bergson* (1916), *Dos filósofos contemporáneos: Guyau-Bergson* (1925) y *Proyecciones de la intuición. Nuevos estudios sobre la filosofía bergsoniana* (1935).

La época de Molina en la que se enfoca este trabajo, será la más distanciada hacia el positivismo, en donde los intereses de nuestro pensador estarán marcados fuertemente por temas vinculados al hombre y a la moral. Para un pensador como Pablo Salvat, las reflexiones de nuestro pensador estarían hermanadas en varios puntos con el pensar de varios de los pensadores que Francisco Miró Quesada denomina los "fundadores" del pensamiento filosófico latinoamericano; los que -además- serían los autores más representativos que iniciarían la "normalidad" filosófica. Hablamos de Antonio Caso en México, Alejandro Deústua para el caso peruano, el argentino Alejandro Korn, Enrique José Varona en Cuba, Carlos Vaz Ferreira como ejemplo uruguayo. Según Salvat, el pensamiento de Molina tendría puntos confluidos con estos pensadores en los siguientes aspectos:

Un primer rasgo hace referencia a la crítica de una adopción imitativa del positivismo, puesto como solución de los males del continente. Uno segundo, comparten una actitud receptiva y abierta a diversas influencias filosóficas, alejándose de cualquier dogmatismo. En tercer término, se declaran humanistas, es decir, reflejan una preocupación por el hombre, pero no sólo como esencia atemporal, sino por aquellos que cohabitan estas tierras aquí y ahora (2009: 903).

Estas distinciones del pensamiento en Molina son las que nos darán las bases para nuestro próximo paso, las reflexiones de nuestro pensador en torno a América Latina. Antes de ello, debemos aclarar que la inquietud de Enrique Molina por América Latina es un tema de mediana preocupación en cuanto a producción, su pensamiento mayormente apuntó a problemas denominados "universales". Sin embargo, el diagnóstico que hace de lo que sucede en Nuestra América, tiende a ser más bien negativo, pero potencialmente promisorio. Lo promisorio, a nuestro juicio, tendrá más que ver con las circunstancias históricas que

por el potencial mismo del pensar latinoamericano. Europa vivía una profunda crisis producto de las guerras, por ende, el discurso compacto y continuo con el que suele caracterizarse la voz de la filosofía europea, en el imaginario de esta parte del mundo, comenzó a resquebrajarse. Por aquellas grietas, dejadas a la vista de todo el mundo, es que el pensamiento filosófico latinoamericano -entre otros- percibe tener la oportunidad de su vida: entrar al concierto de la historia universal (la historia occidental) del pensamiento filosófico. Por ejemplo, el argentino Francisco Romero (1947) señala que una de las causas del crecimiento de los estudios filosóficos en América Latina es la disminución de la actividad filosófica europea "casi detenida ahora por la guerra y aun por un clima ideológico poco favorable para la libre indagación filosófica, y sin perspectiva más felices para los tiempos que en seguida vendrán" (1947: 9). Así, nuestro mundo tendría la posibilidad de salir de ese no-mundo, lo que al decir de Cristián Valdés sería "un platonismo bastardo, donde nos mantenemos en la caverna sucia y llena de ignorancia, mientras otros han salido y visto la luz" (2007: 8).

El hombre de América Latina como hombre entre hombres

Aquello se acabó: las bocas se abrieron solas; las voces, amarillas y negras, seguían hablando de nuestro humanismo, pero fue para reprocharnos nuestra inhumanidad (Sartre, 2009 [1961]).

Molina escribe el texto *Llamado de superación de la América Hispana* en 1942, para ese entonces las noticias sobre el acontecer europeo hace ya bastante tiempo que se sabían, más aún en países del Cono Sur producto de la gran cantidad de inmigrantes, sobre todo en Argentina. Por lo mismo, los regímenes totalitarios "intentaron crear lazos con países latinoamericanos, especialmente donde había núcleos importantes de inmigrantes originarios de esos países" (del Pozo, 2002: 111). Este acontecer será -a juicio nuestro- un quiebre importante en la visión del hombre y de la filosofía. Este es el tiempo en que se logran escuchar otras voces, o más bien se cree que se hacen escuchar las voces de los países denominados periféricos.

El período -que luego los historiadores denominarían "entreguerras"- se caracterizó por el desequilibrio de poder, la crisis económica sostenida y las fracturas políticas en los países europeos. Tampoco estuvo ausente de tiempos bélicos en las colonias, de invasiones y el más que

tenso enfrentamiento ideológico entre comunismo y capitalismo (Munchnik; Garvie, 2007: 82).

Leopoldo Zea nos dice que el latinoamericano deberá apoyarse a sí mismo para llegar a la anhelada universalidad (Zea, 1976), y esto no sería sólo en términos filosóficos o del pensamiento, debemos recordar que en este período comienza el "desarrollo hacia dentro", el cual durará hasta aproximadamente la década del 70 en América Latina. En la década del 40 comienza a asomarse una vuelta a lo identitario en el pensamiento del continente, el que tendrá más fuerza aún en los 50. Un notable ejemplo es *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz en plena mitad del siglo XX. En nuestro "diálogo" con Europa, y al ver que en varias de sus ciudades más que luces del pensamiento lo que se hallaba eran luces de las bombas, los diagnósticos sobre la humanidad en general no tardaron en hacerse presente; y era obvio, la Humanidad con mayúscula, aquella que guiaba los pasos de lo que realmente debía ser una civilización, una cultura, la sempiterna vanguardia en todo, se nos hundía tal como se hundían gran parte de sus mejores buques de guerra en los océanos del planeta.

De uno a otro extremo de la América Latina [...] se sentaban las bases para una filosofía empeñada en volver los ojos a la propia realidad. Filosofía a veces afirmativa, a veces negativa; pero filosofía que destacaba aspectos de esa realidad, por dolorosos que fuesen, como cirujanos que abrían la llaga para poder extirparla. A esta especie de nacionalismo le dará mayor ímpetu la primera guerra mundial y el mundo que le siguió, para completarse con el impacto moral que en todos los pueblos del mundo provocó la segunda gran guerra (Zea, 1976: 436).

Dentro de este ambiente "cultural-filosófico" es que se quiere instalar las reflexiones de Enrique Molina en torno al continente latinoamericano. Como bien hemos indicado, este pensador tenía gran interés en la responsabilidad moral tanto individual como colectiva, la cual quedaba consternada con todas las noticias que llegaban de Europa. Debemos recordar que el nazismo para 1942 aún no perdía fuerza, es más, recién se determinaba que los judíos había que exterminarlos físicamente, lo que fue otra vuelta de tuerca. Bajo este contexto, Enrique Molina en sus *Confesiones Filosóficas* -también del 42- nos dirá lo siguiente:

> En medio del horroroso desconcierto del mundo es fácil percibir una nota de la psique de América en que ésta siente su destino de ser salvadora de la cultura amenazada. Bajo este signo y el de crear una cultura nueva pugnan los pueblos del Nuevo Mundo. De aquí también su inquietud ante el peligro de imperios militaristas y ambiciosos que pudieran ahogar su plena libertad, tanto económica como política, e imponerle ideologías que considera incompatibles con su estructura democrática (1942: 85).

América puede ser voz, puede adquirir su derecho al logos como nos dice Zea, puesto que las condiciones están dadas. A pesar de que Molina considere que nuestras circunstancias están lejos de ser las mejores como para poder levantar un discurso filosófico propio, contundente y continuo, al menos percibe que el paso está más cerca que tiempo atrás. Los latinoamericanos, según el parecer de Zea, han sido los primeros pueblos en buscar la "universalización", que -vaya curiosidad-, justo es esa que beben los europeos prácticamente desde su nacimiento como pueblos, al menos así nos lo muestra Hegel y su espíritu que se posa en Europa como punto culminante de la Historia. Aquel fue un "afán de occidentalización de la que fueron bien conscientes nuestros pueblos" (Zea, 1965: 10) nos dice el pensador mexicano; y al identificarnos, desde esta perspectiva, como occidentales, el pensamiento del hombre europeo también es parte del nuestro, pero el problema radicaría en que nuestro pensar no necesariamente sería parte del europeo. En este período de crisis, se nos abriría tal oportunidad:

> Nosotros y los hombres que nos sirvieran, en un pasado inmediato, como modelo, al volver, unos y otros, sobre sí mismos, nos hemos encontrado y nos hemos reconocido como hombres sin más, haciendo a un lado sentimientos de inferioridad o de superioridad. Y en ese encuentro, por primera vez en nuestra historia, ya occidental, y la de otros muchos pueblos que parecían sernos ajenos, nos encontramos semejantes (Zea, 1965: 13).

Hombres sin más nos dice Zea, el hombre se topa con el hombre y ven que muchas diferencias no tienen, que buscan lo mismo. Por esto, en lo que a filosofía respecta, había que imitar la actitud del filosofar del europeo, y no sus frutos; sus frutos serían el resultado de sus propias circunstancias. El latinoamericano debía filosofar con esa misma actitud, y producto de ello saldrían los frutos propios, es decir, reflexiones acordes de las circunstancias de esta parte de América. Este es el tiempo en el que los hombres se ven las caras y se derrumba un humanismo; por lo mismo Enrique Molina se refiere a América con estas palabras:

> América siente que ha llegado su hora. El porvenir dirá si ha sido así. Entre tanto nosotros de ninguna manera nos equivocaremos al aceptar este llamado del reloj de la historia y asumir sus responsabilidades. Alistarse en la aventura del espíritu, arca del valor, buscador de lo cierto y creador del bien y de lo bello, es lo que ha aconsejado siempre la actitud filosófica, es l que pide ahora el signo señalado por los nuevos tiempos de los cielos de América, es lo más noblemente humano, y, quizá, dentro de lo que nos es dado alcanzar en la Tierra, lo único posiblemente divino (1942: 86).

Las reflexiones apuntan a algo semejante de las de Zea, es nuestro tiempo. Aquel tiempo se caracteriza por un tropiezo, "Un doloroso tropiezo que le hace reconocer [al hombre europeo] en otros rostros, en otras pieles, a hombres no menos hombres que él" (Zea, 1996: 81).

La América Latina de Enrique Molina: sus trabas y potencialidades

Antes de partir con las apreciaciones de Molina sobre el continente americano, no se puede dejar pasar la oportunidad de ver cómo reflexiona 17 años antes José Carlos Mariátegui sobre el mismo período de entreguerras. El pensador peruano, en un texto titulado ¿Existe un pensamiento hispanoamericano? de 1925, nos mostrará que la Europa está por lejos de verse aminorada en su pensamiento a pesar de estar pasando por un momento crítico, aunque no tan crítico como en los tiempos de Molina.

> La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. A pesar de la guerra y la posguerra, conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas (Mariátegui, 1986: 494-495).

Ambos pensadores tienen similar diagnóstico del pensamiento en Nuestra América: aquel está en formación. La salida a aquel camino de siempre estar en construcción continua no se debe en lo principal al nivel de desarrollo intelectual, sino que el problema recae en nuestra situación económica. Si no hay una economía fuerte, difícil es que podamos tener sólidas bases en el conocimiento, y sólo nos sería dado el importar desde tecnología hasta filosofía.

Enrique Molina nos dice que Chile, durante todo el siglo XIX, fue un modelo en todo el continente por la solidez de sus instituciones,

la seriedad de sus procedimientos y la honradez de sus hombres públicos. Además, se han dejado atrás todos los problemas fronterizos con los países vecinos; es por esto que, tanto Chile como el continente entero debería "vanagloriarse ya con razón de ser el mundo de la paz y del arbitraje internacional" (Molina, 1942: 94). A nuestro juicio, si en esa fecha se le preguntara a Perú y -sobre todo- a Bolivia si tiene conflictos fronterizos, la respuesta no estaría tan acorde con la perspectiva de nuestro pensador, no obstante, esa es la América Latina de Molina.

Se agrega también la existencia del gran impedimento que cruzaría toda la historia de este continente independiente: el subdesarrollo, un subdesarrollo no solamente material, sino también en el orden del pensamiento: "Y salta a la vista que el origen de las desventajas que con razón nos desazonan se halla en esta sencilla y trágica fórmula: somos civilizados para consumir y primitivos para producir" (Molina, 1942: 102). Frase que parece más actual hoy que en el tiempo en que se escribe. Los diagnósticos negativos que hace Molina con respecto a Nuestra América, en el texto casi siempre son contrarrestados con el ejemplo norteamericano, ejemplo que, por cierto, es de pleno éxito en comparación con nuestra experiencia.

En cuanto a la dependencia material, Molina nos remarcará que todo lo que se refiere a las exigencias de nuestras sociedades: autos lujosos, carreteras asfaltadas, teléfonos y máquinas de escribir entre otras comodidades y aparatos tecnológicos, no los fabricamos y debemos traerlos del extranjero. Otros autores sostendrán similares cosas, como por ejemplo el peruano Augusto Salazar Bondy. Pero la América, Nuestra América, tiene pies para caminar, y no solamente en lo que a industria se refiere, sino también en el ámbito del pensamiento.

> En nuestras universidades se lleva a cabo una labor científica apreciable y en algunas de ellas despunta [...] la aurora de un pensamiento filosófico independiente. Con estos briosos anuncios de madurez, América ha empezado a alzarse contra la tutela espiritual de Europa (Molina, 1942: 108).

El que América se alce contra la tutela espiritual de Europa no quiere decir que se le dé la espalda, Molina es claro en decir que aquella suerte de esencialismo que busca una autenticidad, que insta a una cierta repulsión del legado europeo es sencillamente carente de todo sentido. No se puede prescindir de todo vínculo con la cultura europea. Lo que

hay que hacer en realidad es saber cómo tomar el legado europeo, tener la conciencia de las propias circunstancias, y así uno puede saber qué es útil y que se puede simplemente desechar.

> Es claro que los paradigmas de Europa no son para ser tomados a ciegas y para aprovecharlos es aconsejable proceder con cauteloso discernimiento. De todo hay en la hirviente caldera del atormentado continente (Molina, 1942: 112).

Si bien se abre la posibilidad de un abandono de la tutela europea como fuente de producción intelectual, aún no se puede llevar a cabo tal empresa puesto que aún no somos independientes de forma íntegra. Pablo Salvat nos dirá que Molina considera al hombre americano como un ser aún de carácter débil, el cual debe escapar de dos grandes defectos: la indisciplina y la desorientación de carácter (Salvat, 2012). También, América no tiene una conciencia histórica, ya que América sólo entra en la historia a partir de la llegada de los españoles. Lo que se quiere decir es que el continente aún debe verse como un joven pueblo en desarrollo, puesto que:

> Las circunstancias en que arriba a la historia [América] y su continuación peculiar, así como sus condiciones de existencia son las que van dando dirección y sentido a su esencia, es decir, a su particular modo de encarnar el ser. Modo particular que hacemos patente, especialmente por su negatividad, por su no-ser aún, o sea, por sus carencias y falencias presentes, que nos develan una potencialidad como posibilidad inmanente al afirmarnos y re-conocernos desde esa relativa e histórica negatividad (Salvat, 2012: 166).

Siguiendo con las reflexiones de Salvat en torno a Molina, este nos dirá que para nuestro pensador el origen de esta negatividad en el hombre latinoamericano posee dos fuentes principales: la raza y la herencia colonial: "Sudamérica ha sido la víctima de un mal punto de partida en materia de razas" (Molina, en Salvat, 2012: 167). Habría un legado del cual se nos es difícil escapar, sería algo así como el pecado original del cual en la década de los 50 nos hablará Murena. Una de las particularidades de esta negatividad será la falta de carácter, la que nos impediría determinarnos como sujetos colectivos; aquel carácter negativo tendría como rasgo distintivo el ser impulsivos y poco reflexivos. Aquello nos estaría condenando con una ausencia de racionalidad en la autocomprensión y proyección hacia el futuro (Salvat, 2012). En breve, el diagnóstico negativo que poseería Molina según Pablo Salvat de América Latina, se resumiría en la siguiente cita:

> Pues bien, la falta de un cultivo constante de nuestras tradiciones, la ausencia de un trabajo por recuperar la memoria histórico-cultural que nos constituye, la debilidad de las energías acumuladas en nuestro devenir como pueblos [...] todo esto, conduce fácilmente al sujeto colectivo americano a una actitud de imitación de lo venido desde más allá del continente (2012: 177).

Hay que decir que las reflexiones expuestas en la cita anterior son recogidas de varias obras de nuestro pensador, no solo del *Llamado de superación...* A continuación, queremos dar cuenta de la visión que Enrique Molina tiene de Estados Unidos, del panamericanismo y las acusaciones que se le da a ese país de ser un país imperialista. Nos será útil ver las diferencias que existen entre sus particulares puntos de vista con las apreciaciones de José Carlos Mariátegui sobre el mismo punto, notaremos que ambos autores poseen puntos de vista notablemente diferentes.

Los Estados Unidos de Norteamérica de Enrique Molina

Algo ya hemos comentado sobre las apreciaciones de nuestro pensador respecto al país del norte. En este apartado veremos la posición en pos de una defensa hacia las acusaciones que se le impugnan a Estados Unidos por ser un país carente de humanismo, poseer un pragmatismo deleznable, pero sobre todo ser un país que se inmiscuye en la política interna de los países vecinos -y no tan vecinos-, y por el actuar imperialista que ha tenido con distintos países de América Latina. Para dar cuenta de esas acusaciones, expondremos la postura que tiene Mariátegui sobre el mencionado país, la que posee una gran distancia con la del pensador chileno. Empezaremos con Mariátegui.

En el texto *El Iberoamericanismo y panamericanismo* aparecido en primera instancia en la revista *Mundial* en 1925, Mariátegui instala sus juicios sobre la política exterior que Estados Unidos emplea sobre los países Latinoamericanos. Para él estas relaciones diplomáticas son un engaño: "El panamericanismo, en tanto, no goza del favor de los intelectuales. No cuenta, en esta abstracta e inorgánica categoría, con adhesiones estimables y sensibles" (1986: 497). De los intelectuales que habla Mariátegui, son los que estarían libres de "todo ornamento diplomático", los que, por cierto, serían la mayoría. La existencia y adhesión de esta especie de estrategia sería exclusivamente diplomática:

> La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el panamericanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El panamericanismo no se manifiesta como un ideal del continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del imperio yanqui (antes de una gran democracia, como les gusta calificarlos a sus apologistas de estas latitudes, Estados Unidos constituye un gran imperio) (Mariátegui, 1986: 497).

Creo que no hay mucho más que agregar, las palabras son muy explícitas como para dar cabida a interpretaciones. La idea de ver a Estados Unidos como un imperio no es una idea que cueste encontrarla en los pensadores latinoamericanos de la época, de los más representativos podemos nombrar a José Martí y José Enrique Rodó, entre otros. Sobre esta política imperialista, nuestro pensador peruano nos dirá lo siguiente:

> La política norteamericana no se preocupa demasiado en hacer pasar como un ideal del continente el ideal del imperio.No le hace tampoco mucha falta el consenso de los intelectuales. El panamericanismo borda su propaganda sobre una sólida malla de intereses. El capital yanqui invade la América indoibera. Las vías de tráfico comercial panamericano son las vías de esta expansión (1986: 497).

Mariátegui es bien consciente de que las políticas de Estados Unidos no representan necesariamente a los habitantes de ese país. El pueblo estadounidense por ningún motivo debe ser considerado un pueblo aciago o causar antipatía. La intelectualidad norteamericana y sus expresiones culturales han de ser de admiración y de cercanía; nada tienen que ver los asuntos diplomáticos con las personas:

> "La nueva generación hispanoamericana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a Estados Unidos. Debe declararse adversaria del imperio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hombre norteamericano." (Mariátegui, 1986: 498).

Por otra parte, y a pesar de la distinción entre prácticas políticas e intelectuales de Estados Unidos, Molina defiende y reflexiona desde otros derroteros el supuesto imperialismo o, más bien, el supuesto carácter negativo que tal imperialismo tendría.

El pensador chileno verá a Estados Unidos como contraejemplo de la América hispana; el hombre norteamericano se caracterizaría por tener una mayor independencia en cuanto a la realización de sus cosas, y esta independencia tiene que ver con el Estado. En sus reflexiones con respecto a esta diferencia, Molina expondrá la siguiente pregunta:

> "¿Será menester sumar, en este recuento de causas diferenciales, que el norteamericano para el logro de sus aspiraciones espera menos que el sudamericano de la protección del Estado, y confía más en el esfuerzo e iniciativas de su propia personalidad?" (Molina, 1942: 97-98)

Lejos está Molina de aceptar que los hombres norteamericanos son solo materialista y pragmáticos, sino por el contrario, ellos tendrían un fuerte arraigo humanista y espiritual. Por lo que ante la postura de Rodó, de que Norteamérica sería un país que sólo tendría como gran característica el ser un país materialmente adelantado, a diferencia de la América Hispana que si bien en lo material careceríamos por mucho en comparación a los adelantos del país del norte, esta parte de América se caracterizaría por su espiritualidad, por el humanismo que tendríamos por herencia de las raíces latinas, Molina dirá: "Dudo mucho de que lo afirmado por Rodó fuera cierto en su tiempo. Ahora no lo es en absoluto" (1942: 98). Expresión del humanismo que existiría en Estados Unidos son los nombres de John Dewey, Jorge Santana y R. B. Perry.

En cuanto a las oposiciones entre ambas Américas, Molina nos dice que en realidad lo que existe no son diferencias, sino más bien complementariedades; es verídico que en nuestra América hay un cierto desarrollo en las espiritualidades, y eso puede ser transmisible hacia el norte del río Bravo, pero no quiere decir que en Estados Unidos no exista desarrollo espiritual, Molina nos dice que hay gran trabajo en ello y que este país no solamente puede caracterizarse por su superioridad técnica. Siguiendo con el relato, en líneas más adelante Molina mostrará sus cartas en cuanto al lugar de enunciación desde dónde estará hablando respecto a los Estados Unidos:

> Existe en el orden de cosas que acabamos de apuntar una situación de indudable desventaja para los ibero-americanos. ¿Pero dónde se halla la verdadera razón del mal? ¿En un supuesto imperialismo o en nuestras propias, llamémoslas transitorias, incapacidades y deficiencias? Pocos temas se han prestado tanto en estos tiempos en ciertos sectores políticos para vociferaciones estentóreas y destempladas como el imperialismo (1942: 100).

Molina, utilizando sus mismas palabras, deplora "con toda su alma" esta postura de vincular a Estados Unidos con una visión imperialista, aquella visión sería más bien una suerte de voladero de luces que apartaría los ojos del real problema. Aquellas voces apasionadas no

valdría la pena escucharlas, poco tiene que decir respecto a la realidad e intenciones que tendría el *bondadoso* país del norte. Aquellas posturas que miran con sospecha a Estados Unidos caerían en un doble inconveniente: desconocerían la verdad y se estarían alejando de la solución que se desea respecto a aquello.

Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza. Los Estados Unidos, y no es del caso ocuparse del imperialismo de otros países, tuvieron sin duda veleidades imperialistas cuando ejercitaron la política llamada por Teodoro Roosevelt del *bigstick* (garrote) y estigmatizada por propios escritores norteamericanos con el mote de «diplomacia del dólar», política de que fueron víctimas principalmente pueblos de las Antillas y de la América Central, y que los ibero-americanos todos no pudieron dejar de considerar llenos de indignación. Pero hace un buen número de años que el gobierno de Washington, con mejor acuerdo, ha cambiado de camino y práctica en forma leal y perfecta la política del buen vecino. En estas condiciones puede haber, sí, hegemonía industrial y comercial, pero no habiendo empleo de la violencia no cabe hablar de imperialismo (Molina, 1942: 101-102).

Podríamos adscribir a esta postura si sólo considerásemos como violencia el acto físico, encubriendo así todas las demás violencias: simbólica, epistémica, psicológica. No obstante, Molina tiempo más tarde, en 1947, no será tan condescendiente con Estados Unidos y admitirá que existe un imperialismo, al menos, económico: "El imperialismo de que podemos lamentarnos por estos lados es exclusivamente económico." (1947: 208) Sin embargo, la responsabilidad de la efectividad de tal imperialismo no es Estados Unidos y sus políticas de expansión económica, sino de nuestras propias deficiencias tanto morales como político-económicas:

> "Los abusos a que este orden de cosas pueda dar lugar y el propio imperialismo, desaparecerán si atendemos ante todo a enmendar las deficiencias nuestras, que hacen posible y reclaman esa intervención extranjera." (1947: 209)

En este sentido, Molina es un exponente claro de que en Latinoamérica no existió de forma unitaria un rechazo al imperialismo de Estados Unidos. Es más, pareciera que debido a tal postura de nuestro pensador es que no se desarrolló en Chile lo que Zea denominó *proyec-*

to asuntivo: el momento donde América Latina se vuelve a sí misma y asume definitivamente su pasado, con tal de contrarrestar políticamente el expansionismo económico (y militar) de Estados Unidos[3]. Puede ser una explicación, entre otras y por investigar, del por qué la historia de las ideas, por ejemplo, no tuvo mayores reflexiones ni discusiones en esta parte de Latinoamérica.

En cuanto al panamericanismo, desde Molina veremos esta política como un acto de unidad continental, una forma de protección y de mantenimiento de una paz tan anhelada en aquellos tiempos de constante tumulto. Recuérdense las opiniones de Mariátegui con respecto a esto, ya que aquí lo que veremos es algo completamente diferente, citamos a Molina:

> El panamericanismo es un plexo espiritual, cultural y jurídico que une a las naciones del Nuevo Mundo. Conservando éstas su autonomía de entidades soberanas e iguales en derecho persiguen dentro de él su mejor conocimiento recíproco, el mantenimiento de la paz, el imperio de las normas jurídicas en sus relaciones y la ayuda mutua tras las finalidades del progreso. La Unión Panamericana creada en 1890 con sede en Wáshington es el organismo central del movimiento panamericano (1942: 105).

El panamericanismo, en breve, tiene como característica principal el espíritu de cooperación y solidaridad americana. Como hemos visto, Molina posee gran admiración por Estados Unidos y sus políticas exteriores con respecto a los países de América Latina; tiene fe en la unidad del continente en su completitud, y la visión de una Norteamérica como el tío que ha de salir en defensa de los países del sur, lo cuales carecen del avance técnico y, por ende, militar.

Esta fe en la unidad que puede ocurrir en nuestro continente, se basa en su idea de los tres estados de vida espiritual que todo espíritu objetivo[4] puede tener. El primero, en base a resignación y renunciamiento; el segundo, un pueblo ya formado pero con una economía deficiente;

3 Proyecto que se concreta, para Zea, por primera vez con la Revolución Mexicana de 1910 y culmina con la Revolución Cubana de 1959.

4 "¿En qué consiste el espíritu objetivo? Está formado por agrupaciones sociales naturales, como ser pueblo y naciones, grupos de pueblos […] Lo integran también las manifestaciones de la vida de los mismo grupos, a saber: sus creencias, su derecho, su moral, el lenguaje, las prácticas del culto, todos los usos y costumbres, las canciones y bailes populares, y hasta la moda." (Molina, 1947: 147)

y tercero, la que florece en armonía con un progreso material sólido. Obviamente, los países latinoamericanos pertenecen al segundo estadio de la vida espiritual, dejando a Europa y Estados Unidos como lo representantes del primero. Justamente, por ser expresiones del tercer estadio de la vida espiritual, Estados Unidos no puede ser caracterizado como lo hizo Rodó, sino que se debe aceptar y destacar su gran valor espiritual, al menos, desde la perspectiva de Molina. Esta diferenciación entre estadios de vida espiritual sería la causa de dos circunstancias, la primera, el imperialismo ya explicado; y, la segunda, la ansiedad de imitación:

> Los grandes progresos, que generalmente se inician en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica, suelen despertar en los hispanoamericanos un ansia desatentada de imitación, y para seguirlos rápidamente, las dictaduras, que con frecuencia han sufrido, han copiado lo externo y lo frívolo, atropellando derechos, desconociendo el valor de la personalidad humana y no llegando a la raíz espiritual de toda verdadera cultura" (205).

La causa de nuestros males, como se resalta nuevamente, no es debido solo a agentes externos, sino también a nuestras propias debilidades y deficiencias de espíritu. Pero hay que resaltar que Molina no reduce nuestro posible paso al tercer estadio de la vida espiritual al progreso material, sino que este es solo un medio para alcanzar la vida espiritual: "Pero no olvidemos que este progreso material y el dominio y explotación de las fuerzas naturales, no deben ser tenidos como fines en sí, sino como instrumentos y medio de vida espiritual." (1947: 210) En otras palabras, la acción creadora del hombre es el fin del desarrollo material de las naciones y no al revés, ya que es en esa acción donde "lo humano a veces se diviniza y lo divino, buscando hacerse leal, desciende a humanizarse." (1947: 20)

Palabras finales

En lo revisado en este trabajo, queremos dar cuenta de nuestra posición en ciertos puntos vistos. El primero remite a la oportunidad que poseía la voz de la filosofía latinoamericana en la década del período estudiado. Creemos que este diagnóstico más que una oportunidad tendió a ser una ilusión, una representación, un imaginario. No porque pocas voces europeas hablaran de este quiebre de su humanismo, como el ejemplo de Jean Paul Sartre para Leopoldo Zea, sino porque la mayoría del pensar europeo no daba cabida a las relaciones simétricas con voces

de otras localidades. Creemos que eso es una excepción, tan excepción como los pensadores que tenían un pensamiento afirmativo en cuanto a la filosofía latinoamericana y el rescate de nuestro legado intelectual. El segundo punto a ver es la visión de Molina sobre el pensamiento filosófico latinoamericano. Este pensamiento sería defectivo, las carencias sobrepasarían con crecer las virtudes, a América Latina le falta tiempo, desarrollo e historia; aún no hay piso para construir un pensamiento auténtico y original. Tercer y último punto son los Estados Unidos de Enrique Molina; la defensa que el pensador le hace a este país, a nuestro juicio cae en una suerte de compromiso diplomático, ya que la historia da cuenta del comportamiento del país del norte con los pueblos latinoamericanos, que en última instancia podría creerse en la alternativa de la integración y la paz a nivel de relaciones simétricas entre países. Las relaciones de Estados Unidos con sus países vecinos del Sur nunca han sido relaciones de mutuo provecho directo; siempre los beneficios de los países latinoamericanos han sido marginales, sólo como ejemplo podría revisarse las relaciones económicas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Da Costa Leiva, M. (1999). "El pensamiento de Enrique Molina Garmendia". En E. Devés, J. Pinedo, & R. Sagredo, El pensamiento chileno en el siglo XX (págs. 154-197). México: Fondo de Cultura Económica.

del Pozo, J. (2002). Historia de América Latina y del Caribe 1825-2001. Santiago: LOM.

Jaksic, I. (2013). Rebeldes Académicos. La filosofía chilena desde la independencia hasta 1989. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

Mariátegui, J. C. (1986). "¿Existe un pensamiento hispanoamericano?". En VV.AA., Ideas en torno de Latinoamérica (págs. 493-496). México: UNAM-UDUAL.

Mariátegui, J. C. (1986). "El iberoamericanismo y panamericanismo". En VV.AA., Ideas en torno de Latinoamérica (Págs. 497-499). México: UNAM-UDUAL.

Molina, E. (1942). Confesiones filosóficas y llamado de superación a la América Hispana. Santiago: Editorial Nacimento.

Molina, E. (1947). De lo espiritual en la Vida Humana. Santiago: Editorial Nascimento.

Molina, E. (1953). La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX. Santiago: Editorial Nascimento.

Muchnik, D., & Garvie, A. (2007). El derrumbe del hunanismo. Guerra, maldad y violencia en los tiempos modernos. Buenos Aires: Edhasa.

Romero, F. (1947). Filósofos y problemas. Buenos Aires: Losada.

Salvat, P. (2009). "Enrique Molina". En E. Dussel, E. Mendieta, & C. Bohórquez, El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" [1300-2000] (págs. 903-904). México: CREFAL - Siglo XXI.

Salvat, P. (2012). "Carencias y salvación de América según Enrique Molina G.". En J. S. (comp.), Nuestra América Inventada. Imágenes de América Latina en los pensadores chilenos (págs. 159-201). Santiago: RIL Editores.

Sartre, J. P. (2009). "Prefacio". En F. Fanon, Los condenados de la tierra (págs. 7-29). México: Fondo de Cultura Económica.

Valdés, C. (2007). El mundo de la Vida (Lebenwelt) de Rodolfo Kusch y el Esta-en-el-Mundo (in-der-welt-sein) de Martin Heidegger: Rodolfo Kusch: la descolocación del pensamiento americano y la necesidad de situarlo en el Mundo de la Vida (Lebenwelt) americano. [Tesis para optar al grado de Magister en Filosofía] Universidad de Chile. Santiago.

Zea, L. (1957). América Latina en la historia. México: Fondo de Cultura Económica.

Zea, L. (1965). América Latina y el mundo. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Zea, L. (1976). El pensamiento latinoamericano. Barcelona: Ariel.

Zea, L. (1996). La filosofía americana como filosofía sin más. México: Siglo XXI.

Recibido: Agosto 2015

Aceptado: Noviembre 2015